

CAPÍTULO 3: ¿POR QUÉ ORAR?

Brent y Nancy eran amigos del alcalde de su ciudad. Lo conocían personalmente desde hacía varios años, y a menudo, disfrutaban de su compañía en su casa. Cada vez que se postuló para un cargo, ellos colaboraron activamente en sus campañas y votaron por él, en el momento de las elecciones. Distribuyeron folletos, ayudaron con sus reuniones políticas, y compartieron con otros todas las buenas razones que se les ocurrieron, por las que todos deberían votar por su amigo como alcalde de la ciudad. Cada vez que fue reelegido, se sumaron a las celebraciones de la victoria con gran entusiasmo.

Al lado de Brent y Nancy, vivía el viejo señor Perkins. El señor Perkins odiaba al alcalde, y se lo hizo saber a todos. Por todo lo que salía mal en su ciudad, lo culpaba directamente al alcalde. Si el precio de la gasolina subía unos centavos, o si el autobús llegaba tarde, o si el perro del otro lado de la calle perseguía a su gato, el señor Perkins estaba seguro de que era culpa del alcalde. Culpó al alcalde por las raíces de los árboles que bloqueaban sus líneas de alcantarillado, y por las grietas en su calle. ¡Había votado contra el alcalde en todas las elecciones, y estaba orgulloso de ello!

Le encantaba burlarse de Brent y Nancy, por su amistad con el alcalde. Cuando pasaba junto a ellos en la calle, decía cosas como: «Qué lástima que su amigo el alcalde no pueda hacer algo por la falta de espacios de estacionamiento en la zona alta». O: «Mi cheque de la seguridad social volvió a retrasarse este mes, pero ¿qué puedes esperar, si tu amigo el alcalde intenta manejar las cosas por aquí?».

Una noche, cuando el alcalde fue a cenar a su casa, todos estaban mirando por la ventana delantera. El señor Perkins llegó caminando hacia su casa, vio el coche del alcalde, y se detuvo. Miró el coche, miró hacia la casa, y frunció el ceño. Luego, se acercó al coche del alcalde, y escupió directamente en el reluciente parabrisas.

Brent y Nancy estaban indignados. «Deberías hacer que lo arresten», exclamó Brent.

«Desalojarlo de su casa», sugirió Nancy. «¡Haz que la ciudad convierta su lote en un parque, o algo así! ¿No ves cómo te trata?».

Pero el alcalde no hizo nada.

Entonces, un día empezó a llover. Día tras día, llovía intensa y constantemente. ¡Nunca había llovido tanto en la ciudad! Las calles y los sótanos quedaron inundados. El agua se acumulaba en charcos, en los jardines, y calles. Y todavía seguía lloviendo. Finalmente, la represa se rompió, y la corriente del río se apoderó de las calles. En el barrio donde vivían Brent y Nancy todas las casas fueron arrasadas. Sólo se salvaron sus vidas. Todo lo que poseían se perdió en las aguas de la inundación.

Tan pronto como terminaron las lluvias, y las aguas de la inundación comenzaron a retroceder, se anunció que había fondos disponibles a través de la oficina del alcalde, para aquellos que habían perdido sus hogares en la inundación. En el periódico de la ciudad, se publicó un anuncio de que las solicitudes se recibirían en la oficina del alcalde, y que los fondos se distribuirían entre quienes necesitaran ayuda.

Brent y Nancy se sintieron aliviados. Después de eso, no se preocuparon ni un minuto más. Estaban seguros de que su amigo el alcalde se encargaría de que recibieran el importe total, lo antes posible, para que su casa pudiera ser reconstruida, y pudieran reponer sus posesiones perdidas. Confiados, llevaron su solicitud al propio alcalde, y la dejaron en sus manos.

Luego, esperaron. Y esperaron. Y esperaron aún más. Pasaron las semanas. «Me pregunto por qué está tardando tanto», dijo Brent un día. «Pensé que seguramente ya habríamos tenido el dinero antes».

«Debe haber alguna buena razón», respondió Nancy.

«¿No tenemos suerte de no tener que preocuparnos? ¡Este es un buen momento para ser amigos del alcalde!».

«Estoy seguro de que no me gustaría estar en el lugar del señor Perkins, en este momento», añadió Brent. «Me pregunto si se molestó siquiera en presentar una solicitud».

Pasaron algunas semanas más. Aun así, no recibieron respuesta. Entonces, un día, el periódico publicó un artículo especial sobre las víctimas de las inundaciones, y mostró una foto del Sr. Perkins de pie, frente a su casa recién enmarcada.

Brent y Nancy se apresuraron a ir a su antiguo vecindario, para verlo por sí mismos. Efectivamente, cuando llegaron a su cuadra, allí estaba el Sr. Perkins trabajando en su casa.

Se acercaron adonde estaba trabajando, y lo saludaron.

El Sr. Perkins gruñó: «Si su amigo el alcalde hubiera estado atendiendo su negocio, y hubiera hecho reparar la represa, no estaríamos en este lío. También le tomó bastante tiempo conseguírnos el dinero para reconstruir. Pasó más de una semana antes de que obtuviera el mío».

“¿Cuándo presentaste tu solicitud?”, preguntó Nancy.

«Nunca lo hice», dijo el Sr. Perkins. «El alcalde debería saber quién necesita reconstruir su casa. ¿Para qué necesitaba una solicitud?». Luego, añadió: «Supongo que atendieron tu caso primero, ya que has estado tan enredada con el alcalde todos estos años. ¿Por qué no has comenzado a reconstruir?».

«Aún no hemos recibido nuestro dinero», dijo Brent.

«Sin embargo, presentamos nuestra solicitud, y estamos seguros de que hay alguna buena razón por la cual ha habido un retraso».

El señor Perkins miró incrédulo a Brent y Nancy, y viceversa. Entonces, empezó a reír. Todavía se reía cuando Brent y Nancy se alejaron lentamente. Finalmente, se detuvo el tiempo suficiente para gritarles: «Ahora, ¿no están contentos de ser amigos del alcalde?».

¿Te gustaría ser amigo de este alcalde? ¿Crees que valió la pena poner una «solicitud»? ¿Alguna vez, has descubierto que Dios obra de la misma manera? Veamos algunas referencias bíblicas, que hablan de cómo Dios trata a sus amigos, y a aquellos que no son sus amigos. Jesús dijo:

«Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de

vuestro Padre que está en los cielos, que hace surgir su agua sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos». (Mateo 5:44-45).

Dios podría haber elegido ser selectivo al otorgar Su don de luz. Podría haber decidido trabajar como lo hizo en el momento del Éxodo, cuando durante tres días, el pueblo de Israel tuvo luz en sus viviendas, pero los egipcios estaban en oscuridad. Pero en cambio, la regla general es que el sol y la lluvia se dan por igual a todos, sin importar su bondad o maldad. Podemos concretar, como una especie de axioma o tesis, que Dios da algunas bendiciones tanto a los buenos como a los malos.

Jeremías cuestionó el trato de Dios con los malvados:

«Justo eres tú, oh, Señor, cuando te suplico; sin embargo, déjame hablar contigo de tus juicios: ¿Por qué prospera el camino de los impíos? ¿Por qué se alegran todos los que actúan con tanta traición? Tú los plantaste, y echaron raíces; crecen, y dan fruto». (Jeremías 12:1-2).

Al parecer, Jeremías no estaba descontento con la respuesta que recibió de Dios para sus propias necesidades, porque le dijo: «Justo eres tú, oh, Señor, cuando te suplico». Pero quería que Dios fuera más cuidadoso con Sus bendiciones, y más rápido con Sus juicios.

David, por otro lado, descubrió no sólo que Dios parecía dispuesto a bendecir a sus enemigos, sino que sus amigos, como el propio David, parecían estar defraudados en el departamento de bendiciones. David descubrió que los malvados recibían bendiciones a lo largo del camino, mientras él sufría pruebas, luchas, y aflicciones. Este descubrimiento casi le hizo perder la fe en Dios:

«Casi había perdido la confianza; mi fe casi había desaparecido, porque tenía celos de los soberbios, cuando veía que a los malvados les iba bien. No sufren dolor; son fuertes y sanos. No sufren como los demás; no tienen los problemas que otros tienen. Y por eso visten el orgullo como un collar y la violencia como un manto; sus corazones derraman maldad, y sus mentes están ocupadas en planes perversos. Se ríen de los demás y hablan de cosas malas; están orgullosos y hacen planes para oprimir a los demás. Hablan mal de Dios en el cielo, y dan órdenes arrogantes a los hombres en la tierra, de modo que incluso el pueblo de Dios se vuelve hacia ellos, y cree con entusiasmo todo lo que dicen. Dicen: «Dios no lo sabrá; el Altísimo no lo descubrirá». Así son los malvados. Tienen de sobra, y siempre están obteniendo más. ¿Será entonces que en vano me he mantenido puro, y no he cometido pecado? Oh, Dios, me has hecho sufrir todo el día; cada mañana me has castigado». (Salmo 73:2-14).

De estas Escrituras, se desprende claramente que Dios permite, e incluso envía, bendiciones y prosperidad a quienes desprecian Su misericordia; y también es cierto que incluso aquellos que son sus hijos, que le presentan sus peticiones en oración, a veces descubren que han sido negadas. ¿Tienes problemas con eso? ¡Bienvenido al club! David y Jeremías tuvieron el mismo problema. Lo mismo le pasó a Job. También lo han tenido muchas otras personas piadosas, a lo largo de los siglos.

Pero tengas o no problemas con esta verdad, ¡sigue siendo la verdad! Es otra tesis que podemos encontrar en el estudio de la oración:

Muchas cosas buenas te sucederán, incluso si no oras; y te sucederán muchas cosas malas,

incluso si oras.

Los cristianos tienden a creer que las bendiciones de Dios caen sobre ellos debido a su justicia. Pero cuando descubren la verdad acerca de la justicia solo por la fe en Cristo, y se dan cuenta de que es dentro de su relación con Dios, a través de la conexión con Él, que tienen su única esperanza de justicia, cambian su forma de pensar. Luego, deciden que las bendiciones de Dios caen sobre ellos debido a su amistad con Él.

Eso tiene sentido. En nuestra experiencia humana, hemos aprendido que tener amigos en las altas esferas tiene sus beneficios. ¡Puede valer la pena ser «amigo del alcalde»! Esperas más de tus amigos que de extraños o enemigos. Si apelas a alguien que es tu amigo, esperas que se le dé prioridad a tu apelación. Para eso están los amigos, ¿no?

Esperamos que Dios envíe bendiciones a Sus amigos, porque son Sus amigos. Cuando descubrimos, tarde o temprano, que algunas de las bendiciones de Dios caen sobre Sus enemigos, porque son Sus enemigos, nos confundimos.

Se cuenta la historia del trato amable que Abraham Lincoln dio a sus enemigos. Uno de sus ayudantes quería que fuera más agresivo al luchar contra quienes se le oponían. Él preguntó: «¿Por qué no destruyes a tus enemigos? ¿Por qué siempre tratas de hacerte amigo de ellos?»

A lo que Lincoln respondió: «¿No he destruido a mis enemigos, si se han convertido en mis amigos?»

Regresa al pasaje de las Escrituras que leímos antes, donde Jesús describió cómo Su Padre envía la lluvia sobre justos e injustos. ¿Empezó diciendo qué? «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen». (Mateo 5:44). ¿Por qué se nos dice que tratemos a nuestros enemigos de esta manera? Para que seamos hijos de nuestro Padre que está en los cielos. En otras palabras, así es Dios. Él derrama bendiciones sobre Sus enemigos, porque son Sus enemigos y le gustaría que se convirtieran en Sus amigos. Él ama tanto a sus enemigos como a sus amigos. Esas son las buenas noticias del evangelio.

¿Cuál es nuestra respuesta a un Dios así? ¿Decimos con David: «¿Es entonces en vano que me he mantenido puro, y no me he comprometido a hacerlo?»? ¡Espera un momento! ¿Somos amigos de Dios sólo por lo que esperamos obtener de Él? Si esa es nuestra única razón para servir a Dios, y tratar de obtener Sus bendiciones para nosotros mismos, entonces, ¿somos realmente Sus amigos?

Volvamos, por un momento, a la parábola de los amigos del alcalde. Si Brent y Nancy fueran realmente amigos del alcalde, ¿estarían dispuestos a esperar su turno, incluso si no fuera «justo», mientras el alcalde hacía todo lo posible para hacerse amigo del Sr. Perkins? ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus «derechos» como amigos del alcalde, para que aquellos que estaban dudando, pudieran ver que el alcalde no tenía favoritos?

¿Es posible que tu Amigo, el Dios del universo, necesite el mismo tipo de apoyo de Sus amigos? ¿Es posible que, debido a las acusaciones del enemigo, a veces permita que sus amigos esperen, para que sea evidente para todo el universo, que sus amigos realmente lo aman por sí mismo, y no solo por lo que esperan obtener de él?

Una comprensión del gran conflicto puede explicar muchas de las cosas, que de otro modo seguirían siendo misterios acerca del trato de Dios con su pueblo. Analizaremos esto con más detalle, en el capítulo «¿Por qué las cosas empeoran cuando oramos?».

Sería una tragedia responder «Sí», a la pregunta de David: «¿Es entonces en balde que me he mantenido puro, y no he cometido pecado?» Porque el propósito principal de la oración es la comunicación con Dios. No es para obtener respuestas. Si tu propósito principal en la oración es obtener respuestas, no pasará mucho tiempo antes de que dejes de orar, o tus oraciones se convertirán simplemente en un formalismo, una rutina. Cuando tu propósito principal en la oración es comunicarte con Dios, entonces incluso el aparente silencio de Dios puede llevarte a buscarlo más fervientemente, y al final, acercarte más a Él.

Nota una vez más, que cuando hablamos de «obtener respuestas», estamos hablando de recibir las bendiciones de Dios, no de obtener una respuesta de Él. Moisés no obtuvo la respuesta que buscaba cuando pidió que se le permitiera entrar a la Tierra Prometida. Pero recibió una respuesta. ¿Ves la diferencia?

Pero aquí existe un peligro del que debemos protegernos. Si bien es cierto que nuestro propósito principal no es obtener «cosas» de Dios, también es cierto que hemos sido invitados a pedirle que satisfaga nuestras necesidades, e incluso nuestros deseos. Sería un error sacar la oración del ámbito de la vida práctica y diaria, y espiritualizarla hasta el punto de excluir pedir a Dios cualquiera de las bendiciones que Él ha prometido a quienes la piden.

En su libro "El Fragmento Filipense", Calvin Miller habla de un hombre que recibió una respuesta dramática a su oración, mientras que, a otros, que oraban por lo mismo, se les negaba. Cuando se le preguntó al hombre por qué su oración fue respondida, y qué aprendió de la experiencia, dio algunas explicaciones filosóficas y altisonantes. Luego, concluyó: «Oh, una cosa más.

¡Siempre es correcto preguntar!».

¡No lo olvides! Siempre es correcto preguntar. Nos han invitado a preguntar. Dios quiere que le preguntemos. Puede que no siempre recibamos lo que esperamos, pero siempre podemos preguntar.

Estamos invitados a orar por todo (Filipenses 4:6). Estamos invitados a orar en todas partes: «No hay tiempo ni lugar en el que sea inapropiado ofrecer una petición a Dios». (CC 99). Estamos invitados a orar todo el tiempo:

«Orad sin cesar». (1 Tesalonicenses 5:17).

Si lees el capítulo sobre la oración en "El Camino a Cristo", encontrarás una palabra clave que se usa repetidamente. Esta es: deseos. ¿Alguna vez has tenido la idea de que debías orar sólo por tus necesidades? No, Dios se deleita en que nosotros también le presentemos nuestros deseos. Hay un párrafo clásico sobre la oración, en "El Camino a Cristo". Comienza así: «Mantén tus deseos... delante de Dios». ¡La oración por los «deseos» encabeza la lista! Todo el párrafo es tan importante que, aunque lo vimos en el capítulo anterior, quiero revisarlo contigo nuevamente:

“Mantén tus deseos, tus alegrías, tus tristezas, tus preocupaciones, y tus temores, delante de Dios. No puedes agobiarlo; No puedes cansarlo. El que cuenta los cabellos de vuestra cabeza, no es indiferente a las necesidades de sus hijos. «El Señor es muy compasivo y de tierna misericordia». ... Su corazón de amor se conmueve con nuestros dolores, e incluso con nuestra expresión de ellos. Llévadle a Él todo lo que confunde la mente. Nada es demasiado grande para Él, porque Él sostiene los mundos, y gobierna todos los asuntos del universo. Nada de lo que de alguna manera concierne a nuestra paz, es demasiado pequeño para que Él lo note. No hay ningún capítulo en nuestra experiencia, que sea demasiado oscuro para que Él lo lea; no hay perplejidad que le resulte demasiado difícil de desentrañar. Ninguna calamidad puede sobrevenir al más pequeño de Sus hijos, ninguna ansiedad acosa el alma, ningún gozo, ninguna alegría, ninguna oración sincera escapa de los labios, que nuestro Padre celestial no observe, o en la que no tenga interés inmediato. ‘Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas’ ... Las relaciones entre Dios y cada alma son tan distintas y plenas, como si no hubiera otra alma en la tierra para compartir Su cuidado, ni otra alma por quien Él dio a Su amado Hijo.» (CC 100).

¿Alguna vez te has tomado el tiempo para experimentar este párrafo? Observa la advertencia de Dios: ¡ningún trabajo es demasiado grande ni ningún trabajo demasiado pequeño! Y en caso de que nos perdamos algo, nos dan una lista. «Mantén tus deseos (plural)... delante de Dios». ¿Cuáles son tus deseos en este momento? ¿Puedes enumerar tres, cuatro o una docena? «Mantén tus deseos... delante de Dios». No te conformes con contárselo una o dos veces. ¡Mantenlos delante de Él!

Mantén tus alegrías delante de Dios. ¿De qué estás feliz ahora? Cuéntale sobre eso. Permítele compartirlo contigo. Mantén tus penas delante de Dios. ¿Tienes? Está interesado. Mantén tus preocupaciones delante de Dios.

¿Qué te pesa ahora mismo? ¿Qué te preocupa? Colócalo ante Dios. Mantén tus miedos delante de Dios. ¡Espera un minuto! Si tenemos fe en Dios, ¿no se supone que estamos libres de miedo? Apocalipsis no enumera el miedo junto con las otras cosas que reciben malas marcas: «Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.»? (Apocalipsis 21:8).

«Pero se supone que los cristianos no deben tener miedo», dices.

Pero si se supone que no debes tener miedo, ¿a veces tienes miedo? Si es así, y a todos nos pasa, estás invitado a mantener eso ante Dios también. Cuando te encuentras entre los temerosos, hay una cosa correcta que puedes hacer al respecto. Mantén tus miedos delante de Dios. Él sabe cómo traer la paz.

¡Así que estamos invitados a preguntar, sobre cualquier cosa, en todas partes, y en todo momento! Vale la pena preguntar. Estamos invitados a mantener nuestras peticiones delante de Dios, porque pedir hace la diferencia.

«Es parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que Él no nos concedería si no lo pidiéramos». (CS 525).

Cuando pedimos la intervención de Dios en nuestras vidas, estamos reconociendo nuestra dependencia de Él. Cuando le pedimos que venga en nuestra ayuda, lo liberamos, en

su conflicto con Satanás, para que trabaje para nosotros, en formas que de otro modo no podría. Ningún juez puede fallar en un caso que no le haya sido apelado.

¿Por qué oramos? Porque Dios es nuestro Amigo. Eso no significa que tengamos derechos exclusivos sobre todas Sus bendiciones. Aquellos que no lo conocen recibirán bendiciones de su mano, mientras Él busca atraerlos hacia sí mismo. ¡A veces puede parecer que reciben más que nosotros! Pero hay bendiciones que Él da sólo a Sus amigos. En Proverbios 1:23, Dios dice: «A ti habría derramado mi corazón». La versión estándar revisada dice: «Derramaré mis pensamientos sobre ti». Smith y Goodspeed dicen: «¡Mira! Te abriré mi mente, te presentaré mis pensamientos».

Cuando nos comunicamos con Dios en oración, el compartir es en ambos sentidos. Podemos derramar nuestro corazón ante Él, y Él derramará Su corazón sobre nosotros. Y esa bendición está disponible sólo para Sus amigos cercanos. ¿Le abres tu corazón a cualquiera, o eres más reservado? ¿Eliges abrir tu corazón sólo a aquellos que sabes que realmente te aman, aquellos que te son leales, y respetarán tu confianza?

¿Estás interesado en acercarte lo suficiente al Dios del universo, como para que Él te abra su corazón? ¿Quieres escucharlo compartir sus pensamientos y planes? Es una idea increíble.

¡Podemos darnos el lujo de compartir la lluvia con los «injustos»! Incluso podemos aceptarlo cuando a los «injustos» les llega la lluvia, mientras nuestras propias vidas siguen siendo un desierto. Como Dios es nuestro amigo, le pediremos que envíe la lluvia; y muchas veces recibiremos mucho más que si no hubiéramos pedido. Pero la razón más importante por la que oramos es para entrar en una profunda comunión con Él, mientras Él comparte Sus pensamientos con nosotros, y derrama Su corazón en nosotros, de la manera que anhela hacerlo.